

Quinto 20. 1965  
Supl. E.C.

# Cuevas: el arte es la realidad

por

Sebastián Salazar Bondy

La violenta franqueza escrita de Cuevas, simétrica a la de su arte, se ha hecho proverbial. Libelista de humor despiadado, inconforme con los viejos y los nuevos academismos, Cuevas retiene en las ya numerosas páginas que ha firmado como prematuro memorialista, como autor de un ocasional diario íntimo, como polemista que no se amilana ante instituciones y personas consagradas, algo de su lápiz de teratólogo: una cierta ferocidad que, sin embargo, parece sobrevenir acompañada de un hondo resplandor de humana ternura. **Cuevas por Cuevas** (Colección Imágenes, Ediciones Era, México, 1965) es por eso, y porque su condición de "notas autobiográficas" ilustran acerca del origen de la particular *visión* del artista, un importante testimonio acerca de la personalidad de quien sin duda es hoy uno de los grandes dibujantes y grabadores del mundo.

Cuevas por Cuevas no es, sin

embargo, un texto que tenga por sí solo un valor literario. Sin la obra plástica del joven mexicano, el texto carecería de interés, al menos del interés vivo que lo pone ante los ojos del lector y no lo retira hasta que no lo ha concluido de una sola vez. Las cincuenta páginas del libro —que incluye la versión inglesa de esta autobiografía— tienen dos partes bien claramente correspondientes a dos etapas de la breve vida del pintor. La primera es la que corresponde a la niñez, al hogar, a la mitología infantil, los que constituyen el génesis de su estilo y sus predilecciones. La segunda a la experiencia del adolescente frente a la enseñanza artística, la pintura consagrada de su patria, los organismos oficiales y los colegas mayores y contemporáneos.

Quien se haya preguntado de dónde surgen los monstruos de Cuevas, sus personajes a medias entre el sueño —o la locura— y la realidad resafora-

da, su tan personal —aunque no sin antecedentes— universo de portentos y homúnculo, que lea los episodios de la adolorida primera edad del artista, cuando apostado en una ventana era observador —y, por supuesto, imaginativamente copartícipe— de una corte de los milagros en su calle natal, el Callejón del Triunfo. Más tarde, en sus "monos", en sus marionetas, en sus juegos de la pubertad, aquellas miradas se actualizarían. La experiencia inicial enriqueció la subconciencia, pero, sin duda, la subconciencia supo, a su turno, por una interacción que le es típica, enriquecer aquella experiencia. Es propio suponer que ni el propio Cuevas puede hoy trazar una nítida frontera entre ambas zonas.

De la etapa de formación a que aludimos hasta la de su enfrentamiento con el medio oficial congelado no hay solución de continuidad en el volumen, pero es fácil distinguir cómo

la originalidad, amasada por las materias de la infancia solitaria, enfermiza, introvertida —pese a su avidez de mundo—, tuvo después que chocar con las fórmulas hechas, las ideas recibidas, las figuras sacralizadas, la ideología petrificada, y cómo sorteando esos avatares se pudo mantener incólume el arte que Cuevas adolescente había atesorado. Hay palabras de gratitud para algunos de los maestros mexicanos, especialmente para Orozco —de cuya pintura el dibujante extrajo lecciones esenciales—, pero hay sobre todo reconvenções inapelables, protestas con tono de requisitoria, grandes desmistificaciones. La historia del "escuintle" Juan es toda una parábola sobre la necesidad de fundar el arte en la libertad de creación.

La serie de ilustraciones que complementan **Cuevas por Cuevas** resultan aquí indispensables. Las dos dimensiones de

los dibujos de este artista, la trágica y la irónica, tienen como centro el autorretrato. Por el dramatismo implacable, que se ceba en la poquedad humana, en su proximidad a lo animal desde la esfera de lo angélico, Cuevas se mira en un espejo, se copia, y al hacernos ver en esa imagen, se aproxima y nos aproxima a la muerte. Por el sarcasmo, que no propone la caricatura sino el candor indefenso pero osado, Cuevas se extraña y nos extraña de la contingencia existencial remitiéndola al Otro. Pero en ambos casos, nos compromete. Es un creador que arrastra al contemplador hasta su creación al punto de convertirlo en su modelo, y ello porque su primer modelo es él mismo. Paradójicamente, las "notas autobiográficas" como dice Juan García Ponce, resultan así iluminadas por los dibujos y los grabados. La realidad, pues, la más sólida y raigal, es la del arte.